

www.elboomeran.com

JORGE EDWARDS

OH, MALIGNA

BARCELONA 2019



A CANTILADO

www.elboomeran.com

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2019 by Jorge Edwards Valdés
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, ilustración para *The Birds of America*,
de John James Audubon

ISBN: : 978-84-17902-07-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 23 964-2019

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Oh, Maligna, ya habrás hallado la carta, ya
habrás llorado de furia,
y habrás insultado el recuerdo de mi madre
llamándola perra podrida y madre de perros.

PABLO NERUDA,
«Tango del viudo»

I

Tuvo la impresión de haber llegado a un paréntesis, a un túnel de poca luz, al suburbio de algo: un dormitorio de doce o quince metros cuadrados, paredes altas, papel chafado, cama de plaza y media, velador con cubierta de mármol falso, amarillento, mal ajustado, compartimiento para la bacinica, además de armario de doble cuerpo, mesa ratona cerca del balcón, silla de paja desfondada. Lo maravilloso era el balcón, decía él, estrecho, pero abierto al mundo inmenso, a potreros verdosos, a lomajes, alturas del poniente, mariposas amarillas que revoloteaban alrededor de los faroles de gas, en el polvo luminoso suspendido iluminado por las luces del crepúsculo. Desde su segundo piso, por encima de los techos de latón del vecindario, planchas de metal sostenidas con piedras, con ladrillos grandes, esperaba el momento en que el sol, bola de fuego deformada, en rotación interna, desapareciera detrás de los últimos cerros. Se dedicaba a leer horas y horas, en ediciones baratas, que sacaba de la biblioteca del barrio de Independencia, y que a veces, cuando juntaba un par de pesos, compraba en la calle San Diego o en la Alameda abajo, cerca del barrio de la Estación, en la calle Borja, que estaba llena de sucuchos con libros viejos amontonados, medio podridos, y de prostíbulos. En los atardeceres, en momentos intermedios, escribía poemas y fragmentos en prosa: en cuadernos escolares, con tinta y con plumas Erre. Algunos dicen que ya le empezaba a gustar la tinta verde, pero parece invento, y no era fácil encontrar tinta verde en esos años. Encima de la mesa ratona había una fotografía borrosa de Puerto Saavedra: olas furiosas que azotaban contra un muelle car-

comido, saltos de espuma, ventarrones que silbaban en la noche, graznidos de pájaros, campanas que pedían auxilio desde mar adentro. Los pájaros no habían alcanzado a entrar en la fotografía, pero escuchaba sus graznidos en la vigilia y hasta en los sueños, en las pesadillas, y a veces las alas le golpeaban en la cabeza, golpazos fuertes, que lo dejaban mareado. La calle, debajo de su balcón, era de tierra suelta pedregosa: desde ahí subían voces rítmicas, gritos impostados, vendedores de pavos gorditos, de sandías y melones maduros, los ricos melones, las ricas sandías, de barras de hielo. Pasaba un hombre con un trapo en la cabeza y otro en el hombro y con una gruesa barra sostenida por un garfio. En la esquina, otro hombre, de boina negra, afilaba cuchillos en un carretón, que producía un ruido estridente y hacía saltar chispas por todos lados. Un tercero, todavía más lejos, con cara de greda, de cartón, con las manos detrás de la espalda, decía en un susurro que compraba «ropita usá». De dónde saldrían, pensaba él, por dónde llegaban. Miraba el espectáculo desde su cuarto, con las ventanas del balcón abiertas. Usaba camisas raídas en el cuello, remendadas en los puños, zapatos gastados con agujeros en las suelas, pantalones que le dejaba su padre y le quedaban grandes, que allá en el sur se amarraba con cordeles, pero aquí, en la capital, había que usar cinturones. Al final de la mañana masticaba restos de pan duro, alguna zanahoria cruda, un pedazo de cebolla. Una manzana fresca era un verdadero lujo, y la dueña de la pensión, doña Lucrecia, doña Lucre Santibáñez, bigotuda, mandona, pero de fondo cariñoso, le regalaba de repente un cuarto de sandía, un dedo de dulce de membrillo. Él caminaba al centro de la ciudad, hacia el este, a pie, evitando los hoyos de la vereda, mirando las nubes negras con miedo de que lloviera. Asistía a las clases de francés y de inglés del Instituto Pedagógico, a veces a

las de psicología, donde le hablaban de Charcot, que había descubierto la histeria de las mujeres, de Sigmund Freud y su famoso diván, de gente como ésa, de esas cosas. Una chica volvía la cabeza y lo miraba desde su pupitre de la primera fila: boina de mezclilla, piernas gruesas, gruesotas, bien torneadas, ojos aceitunados, hundidos en las órbitas. El profesor de francés, el *Messié* Arenas, les había pedido que aprendieran de memoria un pensamiento de Pascal, el que más les gustara.

—¿Cuál de los pensamientos le gustó más?—le preguntó el *Messié* al día siguiente.

—Ninguno, *Messié*—respondió él, y la clase entera estalló en risas. Desde su pupitre, con los brazos apoyados en el respaldo del asiento, la chica de la boina le lanzó una mirada intensa.

—Le voy a poner un cero, entonces—dijo el *Messié*.

—Muy bien, *Messié*—respondió él, y la clase volvió a reírse.

A la salida, con unas cuantas monedas que tenía al fondo del bolsillo, le invitó una Bilz a la chica de la boina. Ella, después de tomarse la Bilz y que un poco de espuma se le quedara en los labios, de hablar de las poesías de Daniel de la Vega y de Amado Nervo, fue con él a su pieza, invitada a mirar el crepúsculo en los cerros de la costa. Se besaron durante más de una hora y él le acarició los pechos por encima de la blusa. Ella, al final, consintió en sacarse la blusa al fondo de la cama, vuelta contra la pared, como si estuviera en penitencia.

—¿Nada más?

—¡Nada más!

—¡Qué mala eres!

Ella contestó que no era mala, que era buena. Que el malo era él. Cuando se levantó de la cama, se puso su boina.

«Eras la boina gris, y el corazón en calma», escribió él en un cuaderno algún tiempo más tarde. Tener el corazón en calma, pensaba, era lo mejor que podía pasar, pensaba él, era el éxtasis cotidiano, frente a las mariposas amarillas de la tarde, escuchando las campanadas de la Merced, de San Agustín, de las iglesias del barrio de la Recoleta, lindaban unas con otras, y seguían sonando en repiqueteos crepusculares, mientras los transeúntes se dispersaban y saltaba a pescar los últimos tranvías. A todo esto, se había hecho amigo de un joven algo mayor, que asistía a veces a los cursos de francés, de oyente. El joven era delgado, de buena cara; se vestía mejor que los demás, usaba corbatas de colores eléctricos, futuristas, y a veces invitaba a comer. Entonces, cuando lo hacía, comían sándwiches de marraqueta con carne, con queso caliente y ají verde, que saciaban. Llegado el momento, cantaban canciones argentinas, chilenas, mexicanas, hasta francesas, a voz en cuello, y pedían más cerveza.

—¡Mozo, otra jarra!

¿Quién pagaba la cerveza? El joven de las corbatas. Y regresaban en tranvía, en el carro abierto, de cara a la ventolera, hasta la calle de los atardeceres, de las mariposas, de las hambres monumentales, de los cerros de la costa. Después de varias semanas, después de casi dos meses, la estudiante de la boina gris se sacó toda la ropa y se quedó pegada contra la pared, en completo silencio, dándole la espalda. Él le sopló al oído, temblando, que se había puesto un condón.

—No tengas miedo—le dijo—, no te va a pasar nada.

Y trató de abrirle las piernas a la fuerza, las maravillosas piernas, el sexo escondido. Había leído *El barco ebrio*, de Jean-Arthur Rimbaud, con su francés insuficiente. Pero el lenguaje se abría de cuando en cuando, se entregaba, vibraba, roncaba. Hasta aullaba.

—Como tú—le dijo al oído.

Y tenía la sensación de que ella mordía las sábanas, de que langüeteaba las paredes, lloriqueando, acezando. Escribió ese poema sobre su boina en una hoja suelta, por ambos lados. Lo dobló en cuatro, fue a guardarlo en el bolsillo de la camisa pero, de repente, sin decir una palabra, se lo pasó. Ella lo leyó con el ceño fruncido, con una mezcla de miedo y de satisfacción, de completa satisfacción. No le dijo nada, y él no quiso preguntarle nada. ¿Para qué? En esos días, el joven de las corbatas le presentó a un tío suyo, medio hermano de su padre, abogado y funcionario de una Caja de Ahorros o de algo parecido. De apellido Cifuentes.

—¿Pariente del poeta Cifuentes Sepúlveda?

—Primo segundo.

Él y el joven de las corbatas fueron a visitar a su casa a Cifuentes Sepúlveda, el poeta, el primo segundo del medio hermano del padre del joven de las corbatas, y le explicaron la situación.

—Es un genio—dijo el joven de las corbatas, tartamudeando, señalándolo con un gesto—, y tiene que salir de cualquier manera del hoyo en que está metido. De lo contrario, no le va a quedar más remedio que regresar al sur, a casa de sus papás, y quién sabe qué pasará entonces. ¿Incendiará la casa, se tirará al mar desde un muelle en ruinas?

Pero Cifuentes Sepúlveda, el poeta maduro, con libros publicados, el primo segundo del medio hermano del padre del joven de las corbatas, desapareció de la circulación pocos días más tarde. Lo buscaron por la calle y lo encontraron muerto a la orilla de una acequia. Dijeron que de la boca le salía un líquido negruzco, espeso. Le hicieron la autopsia y los forenses dictaminaron que había muerto de nada, de inanición, de alimentarse de humo.

—¿De tristeza?

—Puede que sí. De tristeza.

Cuando la chica de la boina conoció la historia, puso una cara rara y no apareció nunca más. Contó en el Pedagógico que se había cansado de la gente rara. Él, por su parte, se había dedicado a leer traducciones baratas de novelistas rusos, Andréyev, Lérmontov, Turguéniev; a un francchute, Pierre Loti, *Mi hermano Yves*; a Joseph Conrad, *El negro del «Narcissus»*; a Paul Bourget. Y escribía comentarios, impresiones, fragmentos que se publicaban en la revista de la Federación de Estudiantes. Entre dibujos de arpas y guirnaldas, de angelotes de muslos redondeados, de musas que caminaban sobre nubes.

—¡Oye, Reyes!—exclamó excitado una mañana el joven de las corbatas—. Mi tío Vicente, el medio hermano de mi padre, quiere invitarnos a almorzar.

—¿Adónde?

—A Gage. A Papá Gage. Es el mejor restaurante de Santiago.

—¿Y por qué?

—Porque dice que tienes talento. «Invita a tu amigo Ricardo, a Reyes. Me gustaría ayudarlo un poco», me dijo. «¿Y cómo?», pregunté. «Voy a tratar de que le den un puesto fuera de Chile», respondió.

El joven de las corbatas había abierto los ojos, asombrado. Y ahora, al encontrarse con Reyes y contárselo, tuvo la impresión de que Reyes, su amigo, se había asombrado mucho menos que él. Como si creyera que la gente le debía cosas. Por el solo hecho de ser quien era. De haber llegado del sur en la tercera clase del tren y de tener talento. De ser él, en buenas cuentas. Yo. El día fijado, a la hora convenida, llegaron a la puerta de vidrio esmerilado de Papá Gage, en pleno centro, no lejos del Congreso Nacional y de los Tribunales de Justicia, de la Plaza de Armas, de los bustos, las

estatuas, las de cuerpo entero, las de grupo, cagadas por las palomas, las de medio cuerpo.

—Anoche terminé de leer *Las almas muertas*—le contó él, Reyes.

—¿Qué es eso?—preguntó el joven de las corbatas.

—Mañana te lo explico—contestó él—. Ahora no tenemos tiempo.

—¿Y la chiquilla de la boina?

—Se asustó. Se empelotó entera y se metió conmigo. Y después desapareció.

—¿Desapareció?

—Sólo me acuerdo de su espalda, de su cuello, de sus pechugas, muy bonitas, grandotas, de pezones oscuros. Y de su chucha.

—¿Se la tocaste?

Él se encogió de hombros. Puso una expresión un poco enigmática. Adentro del restaurante, impresionados por el lujo del lugar, por las luces, por la riqueza de las vajillas, por la elegancia de las personas, preguntaron por «el abogado Cifuentes». El *maitre*, engominado, con la raya en medio, de uniforme negro, pálido, dentado, caballuno, los llevó a una mesa reservada, al fondo, junto a un tiesto de cerámica verde atiborrado de helechos y de hojas de acanto. En las mesas de al lado había caballeros de bigotes, de perillas entrecanas, de trajes grises, de anillos verdosos en un dedo, con aspecto de radicales y masones, y militares que guardaban sus sables en el guardarropa, pero que conservaban sus pistolas en los bolsillos mientras almorzaban. El joven de las corbatas contó en voz baja que el otro día se había producido un tiroteo en la puerta del restaurante, entre las columnas de un portal del centro, y habían matado a alguien. Un marido celoso le había disparado al amante de su mujer sin dar en el blanco, sin achun-

tarle, y el amante había respondido y había matado al marido de otro tiro.

—¿Aquí mismo?

—Aquí mismo, junto a la puerta. Al lado de los Tribunales de Justicia, del Correo Central, del Palacio del Arzobispado. Y sacaron el cadáver por una puerta de atrás del restaurante. Para disimular lo más posible.

—¡Cresta!—exclamó Ricardo.

II

En el Papá Gage había aparadores llenos de cristalería fina, cómodas inglesas, espejos de marcos dorados, lámparas de bronce y opalina, luces que se multiplicaban. Las alfombras apagaban los pasos de los comensales, de los mozos de punta en blanco, del *maître* diligente, a quien los clientes antiguos tuteaban y trataban de Lucho, de Luchito, y él, Neftalí Ricardo, que ya estaba pensando en usar siempre su pseudónimo—¿para suprimir a don José del Carmen, su padre, para matarlo, para extinguirlo?—, se quedaba asombrado por las expresiones de la clientela, por los aires que se daba, por cómo reía, por la manera descarada como miraba a los que parecían afuerinos, ajenos, salidos de otras clases sociales. Le pareció que había entrado en un santuario, en una sacristía, en algún lugar secreto y sagrado, pero con puertas que daban a la calle, a la ciudad populosa, bulliciosa, humeante, trepidante, y donde la entrada a lugares de lujo, en apariencia—¿sólo en apariencia?—, era libre. El señor Cifuentes, el medio hermano del padre del joven de las corbatas, habló de la libertad, del porvenir, del arte, de los sueños. Mencionó, incluso, el tema de la conquista del Santo Grial. Resultaba que las historias de la Edad Media, de las Cruzadas, de las antiguas religiones, le gustaban mucho. Porque era un personaje diferente, difícil de encontrar en el país. Hablaba con un dejo de erre francesa; tenía en la mano izquierda un anillo azul engastado en oro. Llegaba de París, de Alemania, del sur de Italia, de no se sabía dónde. El poeta tuvo la sensación de flotar en una atmósfera para iniciados, entre fumarolas.

—No te puedes perder, cabrito—dijo Cifuentes, exami-

nando el menú, la lista de los vinos, las ofertas especiales, con la cabeza baja, con los anteojos en el caballete de la nariz—. Si no sales a tiempo de aquí, la piel se te empieza a poner gruesa. Te conviertes en hipopótamo de cuello y corbata, como todos los que nos rodean en este momento.

Dio una mirada circular, superior, indefinible, y mencionó a un ministro de la Corte Suprema, que hacía su entrada en ese preciso instante, y a un abogado famoso (un perfecto sinvergüenza, coimero, logrero), y a un huaso ladino que se estaba convirtiendo en el rey del trigo y de la cebada, mientras se hacía el tonto, y que después de almorzar en el Gage dormía la siesta en la biblioteca del Club de la Unión, tendido en una banqueta, con el chaleco desabrochado, lanzando sonoros flatos y pedos. Él, Neftalí Ricardo, se imaginaba las mansiones de esos caballeros en la calle Catedral abajo, en la Alameda de las Delicias; las señoras de faldas repolludas, tiesas, encorsetadas; las hijas ingenuotas, hipocritonas; las cocineras de traseros inverosímiles; las empleadas de las piezas de caras rojizas, paticortas. Se divertía, en resumidas cuentas, pero estaba de acuerdo: tenía que escapar de cualquier modo, poner montañas, cordilleras, océanos de por medio. Para no terminar como Mahfud Mahfad, como el Chico Pezoa o el Chico Adriazola, como el Incandescente Urrutia. Para escapar de la calle Maruri, de sus mariposas, de sus baratas negras, aceitosas, en las juntas de los muebles de la cocina, en la tina de baño agrietada.

Cifuentes se inclinó por encima de la mesa para poder hablarle de más cerca, apoyando las palmas de las manos en el mantel.

—Yo estoy condenado—le dijo—. ¿Me entendís, cabrito? ¡Condenado! No tengo más destino que vegetar aquí hasta el día de mi muerte. Pero tú tienes la posibilidad de escapar. ¡Feliz tú! Ya hablé de ti con el ministro.

—¿Con qué ministro?

—Con el de Relaciones Exteriores. Me pidió que lo pases a ver a su despacho hoy día mismo, después de almuerzo. Porque mañana, dijo, podría ser demasiado tarde. Había una vacante por ahí, quizá una más, y...

Mientras él no salía de su asombro, el mozo le preguntaba por el aperitivo. ¿Qué se quería servir de aperitivo el caballero? Pues bien, él no sabía nada de aperitivos. Quiiso pedir consejo a Cifuentes, pero resolvió no hacerlo. Habría quedado en ridículo frente a Cifuentes, frente al sobrino de Cifuentes, frente al mozo, frente a Papá Gage entero. ¡Al mundo entero!

—Quiero una *gloriá*—dijo, porque en el sur se tomaba una *gloriá* para el calor, *p'a la calor*: cerveza con Bilz y con hielo, si es que había hielo.

—Eso no se sirve en este restaurante, señor—dijo el mozo.

—Tráigale una cerveza—dijo Cifuentes.

—Y una Bilz bien fría—agregó él—, para combinar.

—Cuando te den una peguita en el extranjero, en Extremo Oriente, en cualquier otro lado, aprenderás de aperitivos—concluyó Cifuentes.

—Y de bajativos—dijo el de las corbatas.

—Y de otras yerbas—agregó Cifuentes, riéndose colmillos adentro.

Él pensaba en ríos, en cañaverales, en bandadas de elefantes en la distancia, al pie de las colinas, en mujeres de pieles cobrizas que se bañaban en una laguna y se reían, jugando en el agua, mostrando sus pechos firmes. La víspera había leído sobre una subasta de esclavas en una novela de Emilio Salgari. ¡Qué subasta, qué mujeres, qué páginas, qué tigres: látigos y pieles morenas!

Bebieron bastante vino tinto, de una viña de más al sur, de la región de Colchagua, de San Fernando hacia la cos-

ta. Comieron erizos al matico de entrada, costillar de chanchito acompañado de puré picante como plato de fondo, y de postre, mote con huesillos. En el Gage servían el mote con huesillos, el mismo de los vendedores ambulantes, el de la Vega Central, pero en copas de plata, en plato de porcelana, con una servilleta corta, de hilo, refinamientos que no había conocido nunca, que ni siquiera se había imaginado. Cifuentes le habló de un poema suyo que le había parecido muy bonito, algo sobre el amor de los marineros, que besaban y se iban. Algo así.

—Puedes llegar muy lejos—le dijo—. Muy pero que muy lejos, cabrito.

—Aquí, no—dijo él.

—De acuerdo—replicó Cifuentes—, aquí, no. Por eso vamos a sacarte de aquí. ¡Como sea!

Pidió menta para los tres, menta bien fría, en copitas de Baccarat auténtico. El verde esmeraldino de la menta se reflejó en las aristas de los cristales verdosos.

—¿Y qué tendré que hacer yo?

—Nada—replicó Cifuentes—. Con que no ataques al gobierno, al menos por ahora, basta y sobra.

Él miró para otra parte. Tenía un nudo en la garganta. «¿A quién traiciono?», se preguntaba, pero no sabía exactamente a quién. Se distrajo contemplando el movimiento de un tranvía que giraba por una curva, tocando la campanilla. Niños descalzos, tirillentos, corrían por los adoquines, dando saltos, seguidos por perros vagos que ladraban, y había señoras gordas que cargaban paquetes, o canastos con choclos y con gallinas.

En la portería del Ministerio, Cifuentes explicó que tenían audiencia con «el señor ministro». Así dijo: «el señor ministro». El portero, con el uniforme impecable con ribetes y botones dorados—de los que faltaba uno—, les pi-

dió que se identificaran, apuntó algo en un bloc y entró a preguntar. Regresó al cabo de largos minutos. Tenían que anunciarse a la secretaria, y esperar en la sala de audiencias, en el segundo piso, a la derecha, al fondo.

—En la Administración Pública hay que tener mucha pero que mucha paciencia—explicó Cifuentes, en voz baja, mirando para los lados, con cara de persona experimentada—. Lo único que cuenta es estar con la persona. Ponerse a la distancia de la persona. ¿Entendís?

—¿De qué persona?

—¡La persona!

El joven de las corbatas se arregló la que llevaba, que era de color rosa claro con franjas más oscuras, y se dio unos toquecitos con los dedos en el pelo ondulado. Había gente que caminaba por los corredores, con expresiones graves, vestida de oscuro, con cartapacios gruesos, y de repente se escuchaban silbidos, pisadas, voces, zumbidos, carrasperas, bocinas estridentes, como las trompetas que anuncian la entrada de los personajes en los dramas antiguos.